**Desde un pasado, con presente y provenir**

Francisco Javier Caballero, CSsR

Buenos días a todos, en primer lugar, gracias por haceros presentes en esta celebración agradecida de la comunidad Provincial de Madrid, de los Misioneros Redentoristas.

Como no podría ser de otro modo, doy las gracias a tantos misioneros redentoristas que a través de su entrega y misión en estos 160 años han testimoniado en estas tierras, la redención.

Todo comenzó cuando el sacerdote madrileño Andrés Martínez de Noboa instó al Superior General, P. Nicolás Mauron, a que fundara la congregación redentorista en España. También el laico granadino José de Toledo ayudó con sus bienes al establecimiento de la congregación en Alhama de Granada. El 15 de febrero de 1863 llegaron a España, procedentes de la Provincia de Nápoles, los PP. Víctor Loyódice, Gil Zanoni y H. Luis Zanichelli, primeros redentoristas, que luego en 1868, con la Revolución Gloriosa serían expulsados. Sería diez años más tarde, en 1878, cuando la congregación retomara el deseo de establecerse en nuestro país, a través de un pequeño grupo de redentoristas de la Provincia Galo-Helvética, entre ellos el P. Aquiles Desurmont. A partir de ahí se vive un momento de expansión que culmina con la erección canónica de la Provincia de Madrid en el año 1900.

 Durante este tiempo han sido 1401 los profesos redentoristas en nuestra Provincia. Pero me voy a alejar de los datos estadísticos, que se pueden consultar en cualquier momento, para adentrarme en el desarrollo carismático y sus implicaciones. Y es que, religiosos y laicos, han sido capaces de fecundar, en el corazón del Pueblo de Dios, un estilo claro de evangelización, comunidad y solidaridad. Todos ellos son, desde los orígenes de nuestra presencia en España, el signo de una sinodalidad real y comprometida.

He titulado esta reflexión: Desde un pasado, con presente y provenir. Porque en estos tiempos nuestros, tan fluctuantes, donde la posverdad tantas veces empaña la evidencia, creo que tenemos que ser y hacernos conscientes de *quienes somos, dónde estamos y hacia dónde caminamos.*

# **Tenemos un pasado**

No voy a magnificar nuestra historia, ni voy a entrar en detalles que ya han sido expuestos por mis cohermanos. Solo quiero insistir en el profundo agradecimiento a lo que nuestra historia de fraternidad, desde la más estricta sencillez, ha conseguido tejer para que hoy estemos donde estamos y podamos mirar a nuestro pasado con agradecimiento. En la cadena sinfín de vidas en silencio entregadas a Dios en la misión, se inserta la historia más gloriosa de nuestra Congregación en España. Aquella entrega de los primeros suscitó una emoción que arrastró infinidad de jóvenes a abrazar el carisma y nos propició una fuerza y presencia verdaderamente significativa. Cuantitativamente hablando el momento más álgido fue en 1965 cuando llegó a haber 592 congregados. Nacimos, hermanos, en contextos sencillos y esa realidad de nuestros hogares de origen, también imprimió un estilo verdadero de comunicación evangélica y misión.

Es indudable que echando la vista al ayer ha habido errores. Siempre que hay vida hay pecado. Gracia y pecado «en singular batalla», como dice la Secuencia Pascual, constituyen los pilares de la persona que se mueve en fe. Hemos tenido carencias formativas en algunos aspectos; quizá hemos frivolizado alguna vez con la pertenencia comunitaria; hemos caído en algún tipo de abuso y, seguramente, nos hemos aprovechado alguna vez de la autoridad que reconocía nuestra sociedad a nuestra identidad.

Pero estas carencias no definen en absoluto el tono general de la misión y vida de los redentoristas en España desde los primeros, llegados de la Europa que a partir del mes que viene, de nuevo, será nuestra Provincia; ni de los cohermanos que a la luz de su testimonio después hemos entrado en la comunidad provincial.

Somos un grupo de personas que, en conjunto, hemos caminado en fe y armonía al servicio de la misión. Conocemos, entre nuestros cohermanos, el testimonio diario de quienes celebran con esperanza y gratitud la vida; el martirio de quienes entregaron su vida por el Evangelio en tiempos confusos y más recientemente, la muerte de nuestros hermanos mayores en la Casa de Astorga en la todavía reciente Pandemia de la COVID.

Nuestras comunidades son un testimonio real de que nos convoca la fe y por eso es fácil percibir cohermanos que viven con esperanza; ofrecen en lo que hacen alegría; trabajan laboriosamente, son austeros y, algo que a mi particularmente me emociona, creen en la congregación… aunque a veces les cueste aceptar sus procesos.

Sería injusto no reconocer en nuestra historia tanto desvelo por la misión, la presencia en las familias y los pueblos más sencillos de nuestra geografía. En total, más de 20.000 misiones han sido realizadas en estos 160 años en España. Es emocionante recorrer aldeas recónditas y encontrar la cruz de la misión redentorista en tantos lugares… y, lo que es mejor, en tantos corazones. Son incontables los hogares bendecidos y protegidos por María del Perpetuo Socorro… Eso, se ha logrado, por una mística de comunión que ha estado y está viva en nuestra comunidad provincial de Madrid.

Sería, por supuesto, muy injusto no reconocer lo que nuestra presencia ha significado y significa para la reflexión teológica, auténtico motor de la reorganización y reforma de la vida de la Iglesia. Nuestra dedicación al pensamiento es de una magnitud que no se puede resumir en una línea. Nos hace estar muy orgullosos, y agradecidos a tantos cohermanos que han sabido y saben dedicarse a conciencia a investigar la verdad, para devolver al ser humano la tranquilidad y esperanza en el seguimiento de Jesús. Aquí habría que inscribir el *Instituto Superior de Ciencias Morales*, la revista *Moralia* y tantas publicaciones que han sido y son manuales en los Ateneos Teológicos más prestigiosos de nuestro mundo. ¿Cuántas generaciones de laicos, consagrados y sacerdotes se han formado en moral con nuestra teología…? Infinidad. Y es que, como reconocía el Papa Francisco en su Audiencia a la Academia Alfonsiana, la moral redentorista es una moral plenamente católica.

# Un pasado que ha generado un presente

Y es, permítanme la expresión, el presente de quien «está muy vivo». Nuestra Provincia puede decir con claridad que está viva, por eso puede soñar un porvenir diferente. Cuando un organismo está vivo tiene capacidad para el crecimiento, el discernimiento y la corrección. Y con toda tranquilidad, he de afirmar, que eso es lo que percibo en los cohermanos, las comunidades y las obras apostólicas que están animadas desde nuestro carisma. Está viva nuestra reflexión teológica y nuestra urgencia pastoral; nuestra comunidad; nuestro teologado; nuestra pastoral vocacional… están vivos y, entrañablemente, atendidos nuestros cohermanos mayores y/o enfermos. Nuestra dedicación a los jóvenes, las familias y los ancianos. Nuestros templos son casa de acogida de todos sin exclusión. Está viva nuestra solidaridad palpable en las ONG’s nacidas de nuestro carisma. Está vivo nuestro convencimiento en la misión compartida, haciendo un camino común consagrados y laicos redentoristas que es evidente e irreversible. Está viva nuestra urgencia de misión y seguimos adaptando y recreando la propuesta de anuncio, desde aquellas misiones populares, hacia un encuentro con estas sociedades fragmentadas, de aluvión y sin patrón cultural… He podido comprobar que nuestra provincia, aun viviendo un preocupante envejecimiento tiene redentoristas jóvenes, lo cual es un signo de indudable vitalidad y esperanza.

Alguno puede estar pensando, si la provincia está viva, ¿por qué se une a otras en una nueva configuración? Y la respuesta es clara y necesaria, coherente con este presente. Nace de un proceso de discernimiento congregacional de más de diez años y nos pide preparar las cosas no solo para el hoy, sino para garantizar el futuro, el porvenir. Para ello, hay que dinamizar aquello que está vivo para que sea fecundo con otra magnitud, vinculación y presencia. Cuando no hay vida no se puede dinamizar. Hace tiempo que formamos parte de un mundo interconectado, líquido, vinculado y sin fronteras. El Espíritu nos pide una misión interdisciplinar e intercultural al servicio de la mujer y el hombre de nuestro tiempo. Las sociedades son porosas, los misioneros redentoristas estamos llamados a ser ágiles, versátiles y dispuestos para testimoniar el encuentro de culturas desde los valores evangélicos que nos han sustentado siempre.

Porque tenemos presente, podemos hablar de porvenir. Y, además, creo que podemos hacerlo con paz. El único modo de saber que habrá mañana para nuestra vida y misión, es que nuestro hoy sea real. Hace unos días leía en un artículo algo que me hizo pensar, decía: *«Me preocupa esa visión del mañana que roba esperanza al presente y le impide ser fecundo y feliz. Hay personas, comunidades, familias y grupos humanos –en la Iglesia y fuera de ella– que «no tienen tiempo» de vivir el presente por estar afanados en asegurarse un mañana. Y, evidentemente, no es el mañana de la eternidad, es el mañana del propio esfuerzo, del cálculo o la estrategia. Estas personas que no viven el presente por el peso del mañana, están necrosadas para la convivencia, la relación y, por supuesto, el amor. Todo está calculado, medido, organizado y precisado. Todo, en teoría, en función de la vida, pero sin vida****»****.* Por eso, considero que nuestro reto es abrazar este presente, el que tenemos, trabajarlo y creerlo y en él, fundamentar dos principios para todos nosotros laicos y misioneros redentoristas, la libertad de espíritu y el liderazgo interior. Si la persona está cuidada, la misión será el cuidado y tendrá sentido evangélico el porvenir.

# **Pistas para el porvenir**

Ninguno sabemos qué será mañana ni qué sucederá. Sin embargo, aparecen con fuerza algunas convicciones que, desde mi punto de vista, hemos de cuidar y fortalecer. Casi como un sumario y una confesión personal os las ofrezco por si, de algún modo, pueden alentaros para esta etapa desconocida que es el mañana. Jacques Derrida, uno de los filósofos más completos de la denominada filosofía posmoderna, afirmaba que prefería hablar de *porvenir* en lugar de *futuro*. Y lo considero muy oportuno para nuestro propósito. El futuro se construye sumando cálculos y estrategias humanas; en el porvenir entra la «incertidumbre cierta» de la acción del Espíritu, que nos lleva a entender y aceptar que todo está abierto a un proceso de fidelidad que no controlamos nosotros, pero, indudablemente, está en las manos de Dios. Que son las mejores.

Desde esa premisa, me atrevo a sugerirme y sugeriros algunas pistas para trabajar el cuidado de ese liderazgo interior que es la mejor cooperación para un porvenir de misión de todos nosotros, laicos y misioneros redentoristas, ahora que estamos abiertos a comenzar una nueva etapa de organización y misión en Europa-Sur.

1. Propósito

Dice el Diccionario de la Real Academia, que es la firme determinación de hacer algo. Son tiempos de esencialidad y hemos de cuidar el propósito que aglutina nuestro ser redentorista. Este no es otro que la pasión por la misión. En este sentido, un cuidado explícito del mañana, es vivir el hoy centrados en esta pasión sin perdernos en otras batallas o búsquedas. Además, exige revitalizar nuestra identidad fraterna, el propósito ha de llegar a todos, y todos y cada uno hemos de ser conscientes y, en cierto modo, protagonistas de la misión. Adecuada a nuestras fuerzas y a nuestra realidad, pero todos necesarios para que la misión de la congregación sea real y profundamente comunitaria. Es el tiempo de la «mística de cuerpo congregacional» pero no es un sentimiento, es un compromiso que nos sostiene más allá de saberme confirmado o aplaudido. Es la revitalización del envío en lo profundo de nuestras vidas.

2. Coherencia

Esta palabra es estupenda, pero la hemos manoseado y, a veces, se ha convertido en una piedra de agresión. El mejor signo de coherencia para el porvenir es sabernos todos en camino, «buscadores de Dios» como le gustaba definirnos a Benedicto XVI y nunca «profesores» de virtud los unos para los otros. Tendremos porvenir como provincia si ajustamos nuestras palabras a nuestros gestos y nuestros gestos a nuestras palabras buscando sencillamente el bien. Sueño con esa coherencia que nos proporciona el Espíritu y que me permite decir sí, cuando quiero decir sí y no, cuando necesito decir no. La riqueza de nuestra comunidad y vinculación interpersonal es posibilitarnos que cada uno sea quien tiene que ser a los ojos de Dios.

3. Entusiasmo

Es quizá uno de los indicadores que causan más perplejidad. En nuestro presente albergamos signos que evidencian falta de entusiasmo. Es muy llamativo cómo nos cuesta valorar lo del otro, los signos de pasión y esperanza están demasiado cerrados en nosotros mismos. La mirada hacia el porvenir nos invita a salir, porque la vida de consagración es incompatible con el escepticismo. La reducción del seguimiento de Jesús a un espíritu del “propio trabajo”, nos ha limitado las expectativas de vida como comunidad. Y, ahí tenemos una tarea grande en comunión, restañar el entusiasmo y el agradecimiento por la riqueza de ser quienes somos: diferentes y complementarios, permitiendo que cada misionero y cada laico redentorista pueda desprender esa energía que aparece cuando cada persona está viviendo lo que necesita vivir.

4. Ver lo bueno

El futuro inmediato nos habla de una nueva realidad provincial. Podemos gastar la energía en el lamento y la nostalgia o en la posibilidad. Una de las claves de maduración más significativa es superar el victimismo. Es evidente que estamos abiertos a un nuevo modo de organizarnos y también de pensarnos… e indudablemente traerá problemas. “Los problemas no se resuelven; se exprimen” o, lo que es lo mismo, hemos de superar la visión del problema y pasar a encontrar lo bueno de la vida, de las personas, del momento congregacional que estamos viviendo. ¿Qué puede traer de apertura y posibilidad el paso que vamos a dar? Necesitamos escucharnos y crecer en esa visión de lo bueno.

Si reducimos todo a problema nos conduce a entender la consagración como dificultad; la convivencia y la misión como esfuerzo; los votos como carga, y el sentido de la vida como prohibición.

5. Respuesta y habilidad

La nueva etapa que comenzamos nos pide superar la visión maniquea de la vida. Ésta no es confrontación, es comunión. No es buen camino, como insiste el papa Francisco, la dialéctica de ruptura: lo bueno/lo malo; lo recto /lo desviado; los míos/los enemigos; persona/institución… Hemos de asumir dos principios de actuación: respuesta y habilidad. Esa es la auténtica responsabilidad.

Un principio de madurez es detectar qué está siendo respuesta para las necesidades de mi vida hoy… y lógicamente qué no es respuesta. Si además lo dialogamos comunitariamente y lo oramos nos conduce a un discernimiento imprescindible para encontrar la verdad de Dios, que asume todas nuestras verdades personales.

Pero no es menos importante la habilidad institucional ante la realidad. No podemos liderar desde la ocurrencia, el contagio ambiental o el impulso. Podemos usar grandes argumentos, que no se materializan decisiones que cuiden y den riqueza a la vida de las personas. En este momento, necesitamos abrirnos a esa luz del Espíritu para que empape toda decisión y responsabilidad. Para que ofrezcamos, con habilidad, la respuesta que necesita cada redentorista, laico o consagrado.

6. Humanidad

Nunca como en nuestro tiempo hemos proclamado el valor de la humanidad… y nunca ha sido tan manoseada y abusada la palabra y su contenido.

También entre nosotros puede haber un déficit de humanidad. Hemos insistido tanto en su visión divina, que hemos podido olvidar que la consagración para ser real necesita hombres reales que sufren y ríen; esperan, gozan, aman, padecen y necesitan. Somos personas que necesitamos reconciliarnos con nuestra propia antropología… y nuestra necesidad de cuidado, respeto y amor.

Humanidad comprende todo el maravilloso itinerario de ser un ser vivo, relacional y creyente. Nos pregunta por el valor de nuestra vida compartida y, sobre todo, por nuestra capacidad real para amar y recibir amor. Este es, desde mi punto de vista, uno de los aspectos que más hemos de cuidar en el porvenir.

7. Espiritualidad

Nuestro patrimonio espiritual es muy rico. Pertenecemos a un carisma que es y seguirá siendo un don de cómo Dios hace camino con el ser humana, asumiéndolo todo, redimiéndolo todo y curándolo todo. Nuestro futuro, para tener porvenir, necesita que trabajemos el principio de intimidad con el Señor, porque la verdad de la espiritualidad se forja en la soledad y se muestra en los gestos pequeños, casi íntimos. Con demasiada frecuencia nos perdemos en formas y condicionantes que hemos creado nosotros para seguir al Señor. Es urgente un proceso de personalización que fortalezca la adhesión a Quien creemos, más que aparentar que lo hacemos de la misma manera o lo sentimos juntos.

8. Claridad

Finalmente, os confieso que sueño un porvenir donde cuidemos la claridad. Porque uno de los aspectos que más nos desestabilizan es la ambigüedad. En la propia vida nos lleva a dar bandazos y a un cansancio y esterilidad evidentes; en nuestra institución a sortear el tiempo sin tomar el pulso y sin consecuencias de crecimiento y vida.

La claridad no es seguridad, pero es verdad. Una exposición clara de quien soy fortalece mi vida y mi convicción, pero además atrae la claridad de los otros sobre mi.

Posibilitar espacios donde la claridad sea posible de modo que cada quien pueda expresar y ser quien es, anuncia crecimiento, comunidad, discernimiento y hogar.

La claridad personal necesita dos pilares formativos: la identidad y la comunicación.

Creo que nuestra identidad no es otra que mostrarnos como buscadores de Dios, y la comunicación, exige que en nuestro porvenir seamos creativos para hacer nacer espacios donde esa búsqueda se pueda compartir y acrecentar.

¡Muchas gracias!